

Tomás de Hajar Ornelas.

Las pastorelas en Jalisco. Antecedentes, desarrollo

y pervivencia de los coloquios de pastores en el occidente de México.

Presentación de Miguel Sabido. Guadalajara, Secretaría de Cultura del Gobierno del Estado de Jalisco. 2008.

La pastorela, según indica el término mismo, proveniente de la lengua italiana, es una modalidad de representación escénica que se distingue de otras por la presencia de pastores. Estos pueden adquirir una variedad de rostros como el de obreros, campesinos, mineros, rancheros, pero preservando un mismo objetivo, que es contribuir a que en el mundo triunfe el bien sobre el mal. Valores que por lo general son encarnados en las figuras del ángel y el diablo. Las pastorelas se llevan a cabo a lo largo de una extensa área geográfica que abarca desde el sur de Estados Unidos hasta Nicaragua y Honduras. En México se realizan tanto en contextos urbanos como rurales; tanto en barrios, vecindades, calles o el centro del pueblo como en salas de teatro. Diferentes sectores de la sociedad desde campesinos, indígenas, estudiantes hasta las clases medias o las altas y las elites artísticas se comprometen cada año, en cuerpo y alma, para llevar a cabo su propia versión de aquel pasaje bíblico que constituye la base de la pastorela. Esto es el pasaje del Evangelio de San Mateo II: 1-9 (Horcasitas 1974: 253-254) según el cual un ángel se aparece a unos pastores para indicarles el camino de Belén, lugar en el cual deberán venerar el nacimiento del Niño Dios.

Con todo, este tipo de representaciones escénicas no ha despertado el interés que ameritaría por parte de los investigadores en ciencias sociales y humanidades. Los escasos estudios de que disponemos tienden a focalizarse en un aspecto –el discurso, la expresión verbal, el libreto–, en una determinada etapa de la historia o en casos particulares de pastorelas

¹ El Colegio de Michoacán.

contemporáneas, con énfasis en los elementos específicos y la función social de la pastorela en tal o cual poblado. En cambio, *Las pastorelas en Jalisco* es una obra que asume el reto de proporcionar una visión global, abarcando esa extensa área geográfica y teniendo en consideración las transformaciones formales y de sentido a lo largo de la historia, sin perder de vista las particularidades etnográficas de la pastorela en cada poblado. Se puede apreciar en esto el aporte principal del libro que aquí se reseña, pero hay más todavía.

Lo primero que llama la atención es que un libro sobre pastorelas se centre precisamente en Jalisco. A lo largo de las páginas nos percatamos de que en realidad numerosos trabajos sobre el tema se han centrado en esta localidad. Téngase en cuenta que a la obra pionera de M. R. Cole, publicada en 1907, le siguió la de Stanley Robe (1954), precursora en lo que respecta a esta localidad, vinieron a su sumarse en los últimos años una serie de trabajos (Alba 1978; Camacho 2000 y 2004; Mata 1992 y 200; Palomar 1989; Sánchez Olmedo 1987). Esta lista resultará abundante comparada con la escasez en lo que respecta a otras regiones. La pregunta que surge en lo inmediato es a qué se debe este interés particular por las pastorelas de Jalisco y, un tanto más ampliamente, por las del Occidente de México. Tal vez se deba a que una de las pastorelas más antiguas registradas en lo que hoy es México sea precisamente la que se llevó a cabo en 1578 en Tlajomulco. Acaso Jalisco sea en verdad una de las localidades de México en que se concentra el mayor número de pastorelas o en la que se preservan más los aspectos tradicionales. Sin embargo, en *Las pastorelas en Jalisco* no llega a plantearse esta interrogante, lo que de alguna manera deja al lector la libertad de despejar la que a él le parezca más pertinente y de encontrar su propia respuesta a través de los datos que se le proporcionan.

Si bien podría ser considerada como una de esas monografías escritas por los promotores de cultura, para dar a conocer y difundir a amplios sectores de la población las expresiones de la cultura popular con objeto de preservarlas, justo es reconocer que *Las pastorelas en Jalisco* contiene mucho más de lo que habitualmente aporta una obra de divulgación. El autor no se limita a desarrollar descripciones ligeras o densas, sino que a cada paso aporta argumentos bien fundamentados en fuentes de primera o de segunda mano; asimismo, elabora interpretaciones y explicaciones

que contribuyen a ampliar nuestro horizonte de conocimiento sobre las pastorelas. De Hajar Ornelas hace frente a las dificultades que plantea entender el cambio y la continuidad de las pastorelas en Jalisco, en México y más allá, y construye un armazón sólido que articula de manera coherente los conocimientos teológico, histórico y sociológico que él asimila y maneja bien.

No obstante, por momentos parece dejarse llevar más por la pasión de aquel que participa directamente en la realización de una determinada pastorela. La visión del teólogo que milita por un modelo ideal de pastorela parece sobreponerse a la del investigador que da cuenta de cómo se llevan a cabo las pastorelas en determinados contextos. De hecho, desde las primeras páginas se revela cuál es la apuesta del libro: abogar por la perfectibilidad de las pastorelas, establecer criterios para valorar e incluso juzgar la calidad de algunas de ellas. Al defender la idea de algo como un ideal tipo de teatro popular, el autor se aleja de toda tentación relativista y sugiere que no todas las pastorelas son igualmente válidas. Pero, más que definir claramente lo que caracteriza a este tipo ideal, alude a un teatro que sea reflejo de la vida y de los desafíos de las clases populares, que despierte y desarrolle la conciencia social, que contribuya a profundizar sobre lo que resulta vital para estas clases. Es por eso que De Hajar Ornelas aprovechará cada oportunidad para cuestionar aquellas versiones citadinas, urbanas, pretendidamente profesionales de pastorelas que incurren en el chiste fácil y los estereotipos ya desgastados con tal de hacer reír al público sin provocar en ellos un atisbo de reflexividad o una visión crítica del mundo.

El primer capítulo remonta hasta antes del siglo XVI, para poner en relieve la existencia de una variedad de modalidades de representación escénica tanto en el continente americano como en el europeo. El análisis comparativo apunta a demostrar lo que ya había señalado Horcasitas (1974), a saber, que no se han encontrado datos fehacientes que prueben que las pastorelas que en el siglo XVI se realizaron en el continente americano tuvieran como fuente directa de inspiración un modelo europeo. Más aún, De Hajar Ornelas sostiene, como otros autores (Aracil 2004), que no se puede considerar pastorela a las obras incentivadas por los franciscanos. No es hasta finales de siglo XVII que el género de la pastorela pudo surgir en México. Para argumentar en este sentido, el autor

hace una revisión del panorama teatral en diferentes países europeos, destacando que lo que tendemos a considerar como un modelo unificado, el teatro medieval, constituía en realidad una diversidad de géneros. La especificidad del teatro religioso medieval consistía en que los textos oficiales se intercalaban con tropos o diálogos cantados para explicar la liturgia. De él surgieron formas teatrales con matices diferenciales que se fueron consolidando a través del tiempo; por ejemplo, los misterios, diferentes géneros de la farsa, la égloga y los entremeses, hasta llegar a la modalidad de los autos sacramentales. El lector encontrará en este apartado sobre la historia del teatro europeo datos relevantes para comprender cómo y cuándo surgió la gama del género pastoril: poesía de pastores, auto y coloquio de pastores, de la cual a su vez surgió la pastorela. De entre las muchas enseñanzas que los lectores podemos obtener, quizá la principal sea dejar de considerar que existió algo como un modelo unitario, el “teatro europeo” o el “teatro español”, que simplemente sería trasplantado al continente americano durante la época de la Conquista para dar lugar a la pastorela, lo cual, según se trata de demostrar en este libro, probablemente marca el origen del teatro mexicano.

En el segundo capítulo se aportan datos más precisos con objeto de argumentar a favor de las interpretaciones según las cuales la autoría de las pastorelas debe atribuirse a los jesuitas y, por consiguiente, situar el origen y la consolidación de la pastorela mexicana a finales del siglo XVI e inicios del XVII. El autor se apoya en estudios serios sobre el teatro jesuita novohispano destacando que al contar con una competencia teatral más sólida, adquirida en los colegios, los jesuitas fueron más lejos en la utilización de recursos teatrales, como por ejemplo la alegoría y otros efectos para reafirmar el carácter ficcional de la escenificación. Los jesuitas no se contentaron con presentar ciertos pasajes de la Biblia en forma de estampas escénicas, puesto que su objetivo no era ya inculcar y propagar la fe cristiana, sino escenificar una religión ya practicada y conocida por los indígenas. A partir de estos datos, se intenta demostrar el carácter errado de las interpretaciones según las cuales ya durante la segunda mitad del siglo XVI había pastorelas cuya autoría debe atribuirse a los franciscanos. De Híjar Ornelas se apoya en Rojas Garcidueñas, quien señala a este respecto que los franciscanos no pudieron poner en escena a unos pastores ante indígenas, pues el oficio de pastor les era desconocido por completo.

Corresponde al lector determinar cuál de las dos interpretaciones, que oponen una orden religiosa a otra, es la más acertada. Más allá de la toma de posición en esta polémica a favor de los jesuitas, el aporte De Hajar Ornelas consiste en hacer ver que no es hasta el siglo XIX que se comienza a caracterizar el género en cuestión en términos de pastorela, ya que antes de esta época se hará referencia más precisamente a los “coloquios de pastores”. Por consiguiente, no son las obras de los jesuitas las que marcan el origen de la pastorela sino los coloquios de pastores del siglo XIX.

En este capítulo se mencionan varios casos de prohibición de las pastorelas. Antes del siglo XIX serían objeto de fuertes y constantes prohibiciones por parte de las autoridades eclesiales. Pero las pastorelas decimonónicas no quedaron a salvo de la censura y la represión, esta vez, por parte del Estado liberal mexicano en su intento de eliminar las expresiones de la religiosidad popular. Lo interesante es que, debido precisamente al control y la prohibición durante esta época, se empezaron a definir los rasgos característicos de la pastorela popular, y se distinguió de la pastorela culta o profesional. Se definirían, asimismo, las variantes formales de la pastorela rural y la indígena respecto de las urbanas, los cuales son rasgos diferenciales que persisten hasta nuestros días. A respecto, el autor se apoya en estudios históricos para sostener –y con razón– que el control y la represión se dirigió en mayor medida a las pastorelas urbanas, tanto populares como cultas; y en cambio, las del medio rural fueron dejadas a su suerte, con lo que pudieron desarrollarse y cobrar formas expresivas específicas.

En el tercer capítulo se analiza la estructura dramática y la variedad de elementos constitutivos de esta modalidad de representación escénica, para lo cual se remite directamente a las pastorelas que se realizan en los poblados que conforman el estado de Jalisco. A partir de fuentes de segunda mano, se considera primero todo aquello que concierne a la trama. Se hace notar que ella, cuyo tema principal son los obstáculos que enfrentan los pastores en su largo camino hacia el pesebre donde habrán de venerar al Niño Jesús, adquiere formas y estilos variados dependiendo del énfasis que los participantes ponen, ya sea en las tentaciones del diablo, las debilidades de los pastores o el carácter y destino de los personajes protagónicos (Jesús, María y José, el diablo o el arcángel Miguel), etc.

Se analizan enseguida los personajes, apelando a fuentes históricas y a la etimología con objeto de despejar el sentido inicial y la resignificación por parte de sectores rurales e indígenas. Se describen asimismo las modalidades de organización del grupo de actores y la estructura más general en que habitualmente se apoyan; por ejemplo, el sistema de cargos religiosos. También se dedica un comentario a los libretos o “guiones”, subrayando su carácter cambiante, vivo, en permanente proceso de adaptación por parte de los directores o maestros de pastorela. Por último, se analizan los elementos formales de la escenografía, la música, la danza, el vestuario y los objetos escenográficos.

En el cuarto capítulo se expone la situación actual de las pastorelas; un panorama que abarca desde las regiones rurales en varios estados (Michoacán, Colima, Nayarit) hasta experiencias promovidas por organismos gubernamentales de educación y de cultura en zonas urbanas (Durango, Coahuila, Querétaro). En este punto se abordan las políticas públicas dirigidas a preservar las pastorelas tradicionales pero también a incentivar adaptaciones de lo antiguo, así como representaciones novedosas “sin abandonar el propósito de toda pastorela”. A guisa de ejemplo, menciona la *Pastorela en la mina*, que en 2007 obtuvo un premio por parte de instancias culturales del estado de Durango, en la cual se narra “la situación incierta de un grupo de mineros y sus relaciones obrero-patronales”. El autor subraya el testimonio de una de sus fuentes bibliográficas, según el cual es flagrante la falta de este tipo de iniciativas gubernamentales en el estado de Michoacán. Se hace mención también a las pastorelas que se llevan a cabo en situaciones de migración y de cómo, en este caso, la estructura de la pastorela se adapta para mostrar o narrar la realidad de los chicanos (véase *Los autos de Navidad*, de Luis Valdez) o la de los migrantes (véase *La pastorela del emigrante*, de Lina Guevara, que se presentó en Canadá).

Al final de este capítulo encontramos referencias breves a aquellas pastorelas en las que se revela “una fuerte raigambre autóctona”, o bien la pastorela que siendo mestiza resulta “más india que cristiana”. El autor se refiere concretamente a los coloquios de pastores de la región purépecha: la Cañada, la zona lacustre, la ciénaga de Zacapu y la Sierra. También evoca casos en que la pastorela alude al ciclo del cultivo del maíz, como por ejemplo en algunos poblados de Colima; o bien casos donde “se ha

hecho una mezcla inextricable de tradiciones ancestrales y de ceremonias neopaganas relacionadas con el tránsito de un año solar a otro”, tal como en Coatlán del Río, Nayarit (p. 119).

Sin duda, el mayor mérito de esta obra es el de aportar una visión global de las pastorelas sin perder de vista las particularidades de la expresión local; dar cuenta de los orígenes sin perder de vista el cambio y la continuidad de sus elementos constitutivos: temáticos, dramáticos, escenográficos a lo largo de la historia. No obstante, justo es reconocer que por momentos lo que se gana en amplitud se pierde en profundidad. Baste señalar, a guisa de ejemplo, los comentarios, que resultan demasiado breves y apresurados en lo que concierne a las pastorelas de la región purépecha. Se mencionan al paso las pastorelas de Ocumicho y de Tócuaro, para luego más adelante afirmar que las pastorelas que actualmente se realizan en la región purépecha preservan vestigios del teatro de evangelización del siglo XVI, y aseverar que estas “no tienen nada de chuscas”, que “eliminan lo cómico y pretenden facilitar al espectador el significado del nacimiento del Niño Dios” (p. 118). Tal afirmación debilita la propuesta que parece sostener esta obra, a saber, redefinir las pastorelas en términos de coloquios de pastores, apelando a su origen no en el teatro de los franciscanos sino al de los jesuitas. Y tal aseveración es demasiado apresurada, carece de fundamento empírico y requiere ser matizada a la luz de un análisis comparativo entre una región purépecha y otra (notablemente, la serrana y la lacustre). Se podrá constatar así que en las pastorelas, como en muchas otras modalidades de representación escénica de los purépechas, lo cómico se imbrica finamente con lo serio, lo sagrado con lo profano. Pero sirva esta observación no tanto para restar mérito a *Las pastorelas en Jalisco*, sino para subrayar que incluso las debilidades y limitaciones puedan servir para motivar la realización de nuevas investigaciones.

REFERENCIAS

- ALBA, Alfonso de, “La pastorela de Lagos”, conferencia para ingresar a la Academia Mexicana de la Lengua,
- ARACIL VARÓN, Beatriz, 2004, “Pastorelas tradicionales indígenas en el siglo XIX”, *Fiesta y teatralidad de la pastorela mexicana*, México, UNAM.
- COLE, M, R, 1907, *Los Pastores, A Mexican Play of Nativity*, vol. IX, Boston y Nueva York, Houghton, Mifflin & Co, For the American Folklore Society.
- CAMACHO, Eduardo, 2004, *Pasar la palabra, La pastorela de Ayotitlán*, Guadalajara (México), Universidad de Guadalajara.
- , 2000, “Sobrevivencias de la estrategia educativa misionera en las formas simbólicas de la pastorela de Ayotitlán”, *Rostros y palabras, El indigenismo en Jalisco*, Rosa Rojas y Agustín Hernández (coords.), Guadalajara (México), INI.
- HORCASITAS, Fernando, 1974, *El teatro náhuatl, Época novohispana y moderna, México*, primera parte, México, UNAM-Instituto de Investigaciones Históricas.
- MATA TORRES, Ramón, 2000, *La Navidad en Guadalajara*, Guadalajara (México), Ágata.
- , 1992, *Enciclopedia temática de Jalisco*, Guadalajara (México), Imprejal.
- PALOMAR ARIAS, Margarita, 1999, *Pastorelas*, Guadalajara (México), Secretaría de Cultura de Jalisco, Colección: Voz de la tierra.
- SÁNCHEZ OLMEDO, José Guadalupe, 1987, *Diálogos, caminatas y villancicos, Las pastorelas de la región de la Barca a Poncitlán*, Guadalajara (México), Gobierno de Jalisco/INAH.